

Manuel COUSILLAS RODRÍGUEZ
(IES Salvador de Madariaga. A Coruña)

SEMIOTIZACIÓN DE LA CULTURA POPULAR GALLEGA

El espacio mágico gallego se nos presenta a través de numerosos mitos, leyendas y cuentos. La situación geográfica de Galicia le suministra densas brumas que envuelven sus verdes campos, protegidos por la magia de sus redondos y suaves montes, configurando un paisaje encantador y misterioso. Bañadas sus costas por aguas embravecidas que le proporcionan fuertes vientos. Asomada esta portentosa costa al tenebroso mar entre prodigiosas rocas graníticas y rodeada de agrestes playas, que nos hablan de míticas ciudades sumergidas. Marco geográfico idóneo donde la naturaleza se nos presenta en múltiples ocasiones como una fuerza sobrenatural todopoderosa, amiga o destructora, y que posibilita un inmenso caudal de riqueza folclórica. Es decir, la creación cultural colectiva, espontánea y genuina que la literatura de tradición oral ha realizado a través de su propio entorno, donde realidad y fantasía son difícilmente separables.

Posiblemente sea en el *espacio* donde encontremos numerosos rasgos que son determinantes en la literatura popular, ofreciéndonos la posibilidad de espacializar el mito, la leyenda y el cuento. La descripción del entorno en estas narraciones se semiotiza, alcanzando rango de símbolo y el lugar de la acción nos proporciona múltiples elementos para la interpretación semiótica, insertándonos en el espacio y sumergiéndonos en la ficcionalidad. *Espacio folclórico* donde los acontecimientos reales y fantásticos tienen el mismo peso, porque no es fácil discernir lo natural de lo misterioso y transformándose de este modo *el espacio* de encuadre físico en marco literario.

Esta interacción de realidad y fantasía forma parte de la vida cotidiana popular, conviviendo en armonía. Sólo en este marco así recreado pueden admitirse acontecimientos tan fabulosos como la mutación de los entes ficcionales folclóricos tales como sirenas, gigantes, lamias, cazonas...y que no se trata de una metamorfosis al estilo

kafkiano, sino que son seres reales que se han transformado debido a fuerzas sobrenaturales o naturales si se trata de enclaves mágicos o también de espacios humanizados. Este entorno fantástico-maravilloso es concebido, generalmente, como una realidad anímica que adopta semas humanizantes y actúa rigiéndose por sus caprichosas leyes. Es decir, a la naturaleza se le juzga como a un ser viviente y con una personalidad cambiante, arbitraria. Se le considera un *microcosmos* lleno de vida, lo que MARTINEZ BONATI, F denomina *mímesis* (1992: 37). Por ello, el folclore gallego conceptúa a la naturaleza como una especie de talismán con propiedades adivinatorias, curativas y poderes cosmotelúricos así como un antídoto contra la esterilidad, a la vez que le inspiran símbolos y sensaciones de admiración, respeto o miedo.

Con relación a la personificación del cosmos, ya Peirce sostiene que los objetos son entes semiotizados, cargados de significado. Para él la realidad y los objetos funcionan como signos, tanto cuanto éstos ocupan la posición de *interpretantes* como cuando a su vez son *representámenes*. Este proceso de representación e interpretación se llama *semiosis*.

También a través del relato popular es constante la invocación del hombre a la naturaleza, pidiéndole participar de sus penas y alegrías como si una fuerza telúrica, cargada de una sensibilidad misteriosa y mágica, le empujara a confesar al cosmos duelos y placeres, comparando los efectos humanos con la naturaleza. Un paisaje envolvente y que se desperdiga en múltiples sensaciones anímicas. Por ello, la poética popular gallega es esencialmente *polifónica*, y en ella observamos la representación de un *microcosmos* a través de múltiples voces anónimas que se constituyen en participantes de un gran diálogo folclórico y punto *dialógico* de encuentro entre generaciones. Así el narrador nos plantea metafóricamente la función creadora del diálogo como la función que en un cuadro desempeña la luz en la pintura, en otras palabras como una compilación de espacio y tiempo.

La literatura popular gallega se desarrolla dentro de un ámbito esencialmente oral y pretende comunicar un conocimiento, ser código de conducta o compartir una emoción, a través de narradores que de generación en generación seducen al oyente con la herramienta desnuda de la palabra e intentan, con su capacidad expresiva y su fuerza coloquial, conducirlo al centro mismo de la emoción que lo narrado produjo en el narrador.

Esta original forma de comunicación conlleva dos rasgos pragmáticos importantes. El primero, cuando la intención del emisor va encaminada a lograr seducir con el relato al receptor. El segundo, cuando éste lo difunde nuevamente. Es decir, de este modo, los oyentes, en general, terminan siendo narradores y, a su vez, los narradores fueron anteriormente oyentes de lo narrado. Parafraseando a Valle-Inclán cuando se refiere a la paternidad de los cuentos *en Las Sonatas*, podríamos decir: *los relatos populares nunca son de nadie*. En efecto, el narrador de relatos populares es, en general, consciente de su tendencia a fabular y dando prioridad en el folclore gallego a una temática fantástica en una naturaleza que con frecuencia es presentada en sus manifestaciones más ciegas, mágicas y potentes y llena, al mismo tiempo, de misterio.

La referencia concreta a lugares en *este espacio* real-mágico se presenta en la literatura de tradición oral gallega como una constante y sirve para darle verosimilitud al relato a través de la toponimia, que tiene como finalidad aproximar el suceso al ámbito real del receptor.

Como es bien sabido, las narraciones folclóricas pertenecen generalmente al pasado; el oyente, al conectar con la toponimia cotidiana, tiene la sensación de revivirlas en un entorno real, aunque de no hallarse ya en el mismo tiempo, pero si cree en la posibilidad de conectar y sumergirse en ciertos rasgos culturales que se conservan en el espacio. Un espacio que es narrativo, emocional y anímico. Entorno que, en numerosas ocasiones, los relatos acaecidos en estos parajes evocan mundos posibles.

Como es notorio también, muchos lugares corrientes a través del folclore se convierten en lugares míticos. En estos enclaves míticos, que el pueblo llama mágicos, se desarrolla el relato, donde la imaginación popular altera el escenario y el entorno común se transforma en un espacio fantástico e inaprensible, incluso poético.

En estos ámbitos prodigiosos se aposentán numerosos temas populares como el de los tesoros ocultos en cuevas *laberínticas* (las referencias al laberinto aparece en todas las culturas como símbolo de la complejidad y de lo inaccesible) que jamás nadie ha sido capaz de encontrar, símbolos del poder creador e inmortalizador de *la literatura popular gallega* donde habitan las *moras o mouras* que está relacionadas con mujeres encantadas portadoras de grandes riquezas, que sólo darán su *fortuna* al hombre que las desencante y que son celosamente elegidos por ellas.

También tiene relevancia en la semiotización de la naturaleza en el folclore gallego, la metáfora —especialmente la *metáfora orientacional*— que no se emplea generalmente como recurso literario para *embellecer* el lenguaje, sino que forma parte del habla común que atañe a la manera en que se siente el espacio; principalmente la verticalidad del espacio, donde lo bajo es valorado negativamente como aquello que relaciona al ser humano con lo terrenal, y lo alto es signo de transcendencia, poder o fuerza. En suma, *un abaixo* que asocia al hombre con el mal y la animalidad, y *un arriba* que nos anuncia un mundo bueno y misterioso; donde la dualidad *arriba-abajo* divide el *espacio* en un acá (tierra) y un allá (cielo). Por ello, en *la metáfora orientacional* los elementos empleados en la descripción no son puramente lingüísticos ni arbitrarios, sino culturales. Viene a ser un modo de expresión para comprender la realidad del mundo folclórico, no para conceptualarlo. Porque la esencia de este recurso retórico es entender un tipo de cosa en términos de otra, por eso su función principal es la comprensión. De hecho hay muchas cosas en la literatura de tradición oral gallega que no se pueden decir sino es metafóricamente.

Asimismo la *tradición* nos habla de la importancia que los celtas concedían a los montes (donde construían sus santuarios y practicaban actividades rituales) y a los árboles (símbolos de verticalidad) y que a través de ambos percibían el deseo de elevarse al cielo.

Esta admiración por la verticalidad se observa en la construcción de piedras enhiestas que simbolizan adaptaciones pétreas de árboles hieráticos.

Por ello, en muchos relatos tradicionales los montes poblados de robles y pinos constituyen *metáforas orientacionales* para algunos pueblos gallegos con reminiscencias célticas. Montes de robles y de pinos donde el viento canta. El cántico del viento entre los árboles está presente en numerosos relatos populares; a veces se le siente cantar a lo lejos, se acerca luego, pasa junto a los personajes, y cantando se pierde en la lejanía.

En este sentido es conveniente decir que los montes altos en el folclore gallego aparecen también como lugar de salvación. Lo observamos en múltiples leyendas de la ciudad de Valverde, sepultada bajo las arenas de agrestes playas gallegas, por ejemplo ésta que aparece en mi libro (1998:77):

La Virgen le dice a la anciana que huya hacia el monte de Gondomil, pero le prohíbe mirar hacia atrás hasta que llegue a la cima, porque el mar subiría tanto que la ciudad quedaría sumergida...

Cuando la anciana llegó a la cima, después de descansar un largo rato, vio que la ciudad ya no existía y toda ella era un inmenso arenal.

Finalmente, sólo mencionaré en este espacio de las alturas, la importancia en el folclore gallego los cuerpos celestes como el sol y las estrellas: símbolos de luz y orientación.

Por ello, en la *Costa da Morte* los marineros veneran a la Virgen de la Estrella, a la que le dedican bellos poemas:

*Es la Virgen de la Estrella
que a los marineros guía,
desde que se hace de noche
hasta que se hace el día.*

*Ónde vas, Virxen da Estrela,
cos teus cabelos tendidos.
Vou alumear ós mariñeiros
que andan polo mar perdidos.*

El culto al sol se remonta a la noche de los tiempos y la fiesta cristianizada de San Juan sustituyó, según todos los indicios, a los cultos solares paganos que conmemoraban el solsticio de verano. Es la noche del fuego que siguiendo ritos ancestrales se queman hogueras.

Frazer, en *La rama dorada* (1995:721) sostiene sobre las hogueras que:

Son hechizos solares o ceremonias mágicas, fundados en la ley de la magia imitativa cuyo objeto es asegurar la provisión indispensable de luz solar para los hombres, animales y plantas, encendiendo fuegos que imiten en la tierra el gran manantial de luz y calor en el cielo.

La relación entre el solsticio de verano y la festividad de San Juan se manifiesta también en la literatura popular, y así lo atestigua esta cantiga que dice que ve bailar el sol al amanecer y reír al atardecer:

*Madrugada de San Xoán,
madrugada a máis garrida,
que baila o sol cando nace,
e rí cando morre o día.*

Es interesante desde un punto de vista pragmático destacar la dualidad moral que se vislumbra a través del rito del fuego (*el bien está encarnado* en el fuego protector, *el mal* lo personifican los espíritus malignos). *Esta ambivalencia bien/mal* ya está

presente en los cancioneros galaico-portugueses. Estaríamos en lo que Bajtín llama *intertextualidad*.

También la fogata es, en cierto modo, como la épica, portadora de imágenes, comportamientos y deseos que los pueblos aprueban e indudablemente transmiten. Es decir, desvela la solidaridad espontánea de la comunidad con las pautas de comportamiento que el rito del fuego ofrece.

También en la narrativa popular gallega abundan los relatos en los que algunos hombres venden su alma al diablo a cambio de bienes terrenales y que dieron lugar a numerosos cuentos y a múltiples versiones. Hablar aquí de todo ello sería extendernos demasiado, pero sí conviene mencionar ciertos rasgos para comprender el desarrollo y porqués de *estas narraciones*.

Relatos en que el narrador con la finalidad de disculpar y predisponer al oyente a favor del protagonista, lo califica con *semas* positivos, nos describe su penosa situación de extrema necesidad y el angustioso estado de ánimo del personaje.

Estos mágicos acontecimientos se desarrollan siempre antes del amanecer, ofreciéndonos una imagen taumatúrgica de la noche, donde ésta y el espacio se armonizan. Es decir, dejan de ser simple información para transformarse en verdaderos personajes, y ejerciendo el *cronotopo* (Bajtín, 1991:238) un poder mágico en la conducta del protagonista; éste siempre se salva, ya que la ambición por la supervivencia en la narrativa popular gallega es legítima y también desde la Edad Media la posibilidad de ciertos pactos con el demonio era ampliamente aceptada.

Su salvación se origina siempre a través de su mujer que emplea sabiamente toda clase de artimañas para conseguirlo. En este sentido, estos relatos se diferencian de algunas versiones del mito de *Fausto* en que éste se condena, aunque en ambos aparecen elementos míticos y temáticos que en cierto modo los unen.

En fin, cuentos que nos hacen comprender el drama de la pobreza, en un entorno hermoso pero hostil y, al mismo tiempo, nos describen la amenaza constante que acompaña al protagonista: la penuria.

Sería conveniente mencionar, aunque fuera brevemente, lo que en la literatura de tradición oral significa el entorno familiar, especialmente la presencia de la casa como espacio interior que alberga recuerdos, sueños y sentimientos de sus moradores. Lugar protector de la intimidad, tempestades y rivalidades externas. La casa en el folclore

gallego más que la descripción que apenas aparece, cuando existe trata de descripciones breves que no parecen tener otro fin que el de determinar emociones de los personajes; por ello, lo predominante es la narración de *vivencias*.

Merecen mención especial en la literatura popular gallega las casas encantadas que aparecen en numerosas narraciones y que en su día analizaré su semiotización.

Para terminar, a la vista de lo expuesto, tenemos la impresión de que la semiotización de la naturaleza en la literatura de tradición oral alimenta la imaginación y estimula la fantasía. Al tiempo que estos relatos son un importante factor de socialización. Dicho de otra manera, se inicia el proceso de folclorización mediante la palabra hasta que las narraciones adquieren vigencia social cumpliendo su correspondiente función; personificando, connotando y evocando la experiencia popular. Por ello, el relato popular no termina nunca de hablar, no nos consigna una verdad última ni única. Quizá su característica principal sea la pluralidad de las actitudes comunicativas.

Referencias bibliográficas

BAJTÍN, N. (1991). *Teoría estética de la novela*. Madrid: Taurus.

COUSILLAS, M. (1998). *Literatura Popular en la Costa de la Muerte*. A Coruña: Ventoprint.

FRAZER, J. (1995). *La rama dorada*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

MARTÍNEZ BONATI, F. (1992). *La ficción narrativa*. Murcia: Universidad de Murcia.